

lo que toca al provecho de los demás; que si tratamos del consuelo y aprovechamiento propio, ¿qué mejor rato puede tener cada uno que el que gasta consigo mismo? y ¿qué conversacion más agradable y provechosa que la que se tiene con los mejores hombres que ha tenido el mundo? y en cuánto debiera estimar si pudiera comunicar á su contento con san Gregorio y san Agustin y san Ambrosio y con otros varones semejantes? Reconoció esto el mismo san Ambrosio, cuando dijo: Nunca estoy menos solo que cuando parece que estoy solo, ni menos ocioso que cuando estoy ocioso. Entonces llamo á mi gusto los que me parece, y me allego á los que quiero bien, y trato con aquellos que me hacen más al caso. Ninguno se atraviesa, ninguno me interrumpe hasta que yo quiero. De todo lo dicho se ve, que el recogimiento y la soledad tomada á sus tiempos, ayuda de muchas maneras para aprovechar á los prójimos; y que á los que ha Dios encargado este ministerio tan alto han de procurar descansar, callando con los príncipes y cónsules de la tierra; los cuales como dijo el santo Job ¹, edifican para sí soledades. Los reyes y cónsules, dice san Gregorio ², son los santos predicadores, que rigiéndose bien á sí mismos, son cónsules para dar consejos de salud á los pueblos. Estos edifican para sí soledades, como lo hacia el que dijo ³: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine.*

¹ Job III, 14. — ² Greg. lib. 4 Mor. c. 33. — ³ Psalm. LIV, 8.

CAPÍTULO XXXII.

PROSIGUE EL MISMO INTENTO, Y QUE Á LOS QUE TRATAN DEL MINISTERIO DE LA PALABRA, ES MUY NECESARIA LA GUARDA DEL SILENCIO.

Los que atienden al ministerio de la palabra de Dios, tienen particular necesidad y obligacion de guardar el silencio. Porque la lengua consagrada para la predicacion del Evangelio, y para la enseñanza espiritual de las almas, ha de ser como cosa sagrada, que no se puede convertir en usos profanos. Principalmente, que quien trata con hombres pecadores y mundanos, si no trata con ellos con mucha cautela y moderacion, y solamente á fin de sacarlos de sus vanidades y convertirlos de sus pecados, corre mucho peligro de irse tras ellos, y pegarse las mismas vanidades y culpas en que ellos están enredados. Y así deben ser como los médicos que curan apestados ú otras enfermedades contagiosas, que si bien visitan estos enfermos para curarlos, pero es con la brevedad posible, y huyendo con toda cautela de su aliento; porque se miran como hombres que están sujetos á la misma enfermedad que van á curar en los otros, y previenen cuanto pueden con estos medios, que no se les pegue á ellos. De esta misma manera los que van á socorrer á los que se ahogan, despues de haberse arrojado al agua animosamente, de tal manera se acercan á los que están en peligro para socorrerlos, que tambien

se recatan y apartan de ellos porque no se los lleven tras sí, y los unos y los otros se queden ahogados. Consideren de la misma manera los que atienden á la salud de las almas, que están ellos sujetos á las mismas enfermedades, y pueden venir á caer en los mismos peligros; y que si no se retiran y recogen á sí mismos, en lugar de sanar á los otros, se hallarán ellos enfermos, y en lugar de convertirlos se hallarán pervertidos.

No podemos dejar de admirarnos de la providencia que tiene cuanto á este punto nuestra Religión, con los obreros que cria para tratar con los seglares, y reducirlos á Dios, y ponerla por ejemplo á todos los que en cualquier tiempo y lugar se dedican á este ministerio. Porque siendo así que nuestra vocacion es para tratar con los seglares, apenas hay otra cosa en que nuestra regla ponga mayor cautela que en el trato y familiaridad con ellos; en tanto grado, que ningun estado hay en la Compañía, que no tenga regla ó aviso particular acerca de esto. Porque de los novicios, dice nuestro santo Padre en el exámen ¹: *Porque suelen las comunicaciones por palabras ó por escrito de amigos y deudos, secundum carnem, ser más para inquietar que para ayudar á los que atienden al espíritu, especialmente á los principios, sean demandados si serán contentos de no conversar con los tales, ni recibir letras, etc.* Y en la tercera parte dice ²: *Siendo de tanta importancia en apartar los que están en probacion de todas imperfecciones y de cuanto pueda impedir su mayor provecho espiritual. Para tal efecto mucho conviene, que dejen toda conversacion de pláticas y letras con personas que puedan entibiarlos en sus propósitos, etc.* Esto es de los novicios, y en los estudiantes no hay menor rigor ³. No trato de

¹ Exam., c. 4, § 6.—² Const. p. III, c. 1, § 2.—³ Ordin., c. 15.

los juniores, que durante el tiempo de la separacion, ni puede nadie entrar en su habitacion, ni ellos salir de ella sin licencia; pero en los demás estudiantes más antiguos, se dice en la Inst. I, pro schol. n. 2 ¹: *Velen los superiores en que nuestros estudiantes no se acostumbren á hablar mucho con los de fuera ó con sus amigos, y trabar con ellos familiaridad ó comer con ellos, ó dar ó recibir dones de ellos, si la necesidad ó la razon no pidieren otra cosa. Porque es cosa cierta, que con estas cosas y otras semejantes recibe grave daño el espíritu en los nuestros, y se entibia el fervor de la perfeccion religiosa.* A lo cual se añade en la segunda instruccion ²: *Que no sean llamados á la portería, sino con expresa licencia del rector, la cual no conviene que la dé sino muy raras veces y que vele para que estas conversaciones con los de fuera no sean muy largas, etc.* De los predicadores se dice en su instruccion ³: *Que se guarden de aquellas cosas que suelen detener á los predicadores é impedir sus estudios, y menguar el espíritu y devocion, como son la familiaridad demasiada con los seglares, visitas de los mismos, presentes y dones admitidos con facilidad, principalmente de mujeres, y cosas semejantes.* Y para despertar el espíritu en los confesores, los medios que se les proponen son ⁴: *Cuidado con la oracion, meditacion, y mortificacion; huir la ociosidad, la conversacion moderada y ordenada segun el espíritu de la Compañía con los seglares.* Y entre otros medios que se oponen en otra instruccion para despertar el espíritu de la devocion, uno de ellos es ⁵: *Del todo se veden las conversaciones inútiles y poco religiosas en la portería con los seglares, y no se permitan sino cuando fuere necesario para*

¹ Instr. I, pro schol., n. 2.—² Instr. 2, pro schol. n. 1.—³ Instr. 1, pro conc. n. 8.—⁴ Instr. pro conf., n. 12.—⁵ Instr. 2 de renov. spirit., c. 1, n. 3.

responder á algun caso de conciencia, ó para tratar de cosas espirituales y que pertenecen al bien de las almas, ó de otras del todo necesarias, segun que la prudente caridad lo dictare á juicio del Superior. Demás de esto, los que están en misiones tienen regla que les ordena ¹, que no tengan demasiada conversacion con los seglares, ó menos recatada ó que tenga sabor de seglaridad. Qué diré de las reglas comunes á todos, que mandan ²: *Que ninguno en casa hable con los de fuera, ni llame á otros para hablar, sin licencia general ó particular del Superior. Que no lleve recados ni cartas de los de casa á los de fuera, ni al contrario, de los de fuera á los de casa. Que no cuente en casa los rumores seculares que ha oido fuera. Que no dé cuenta á los de fuera de las cosas que pasan dentro de casa.* Y otras cosas semejantes, que si fueran apestados los de fuera, no pidiera más recato en el comunicar con ellos.

Nuestro padre Claudio con este mismo espíritu aconseja en una parte ³, que á los que se sienten distraidos y derramados á las cosas exteriores, se les quiten todas las ocasiones de vaguear, encomendando á otros sus negocios, áun los útiles y piadosos; que se abstengan de hacer visitas, no por una semana tan solamente, sino por algunos meses hasta hacer costumbre de estarse en casa, aunque sea de mala gana y contra su voluntad. Que guarde á la letra la regla de no salir á hablar con los de fuera, si no fuere llamado del portero, y con obediencia del Superior. Y en otra parte dice así ⁴: Precediendo alguna exhortacion eficaz de los frutos del silencio, de los daños y peligros del mucho hablar, y de la facilidad que hay en la Compañía de guardar el silencio, sean todos

¹ Mis., reg. 26.— ² Reg. co. 36, 37, 38.— ³ Instr., c. 6, n. 1, 2, 3.
— ⁴ De spiri. aug. in Societ., c. 3, n. 9.

amonestados seriamente, que guarden la regla del silencio, que es tan clara y manifiesta, y dñense penitencias á los que no la guardaren. Y más abajo dice: Mucho es de temer, que acostumbrándonos á mucho hablar y tratar entre nosotros y con nuestros prójimos, poco á poco nos venga á parecer menos mal el quebrantarse el silencio, y no haciendo mucho caso de él, como cosa que á nadie causa ofension, venga la regla á estar del todo caída, sin quedar de ella más que estar escrito en los libros.

¿Quién no se admira de leer y considerar estas cosas? Porque si hemos de guardar tanto recogimiento, si tanto silencio, si comunicar con tanto recato con los seglares, ¿por qué no edificamos nuestras casas en los desiertos, donde con exaccion se pudieran guardar estas reglas, y por qué vivimos entre los seglares y conversamos con ellos donde hay tantas ocasiones de quebrantarlas? Pero si bien lo miramos, la necesidad de vivir entre los seglares, y de conversar con ellos, es la que obliga á tener esta cautela; que si hubiéramos de vivir en la soledad, no fueran menester tantos avisos y prevenciones. El que anda entre enemigos, es el que tiene necesidad de armas, y el que camina entre víboras, ha menester estar apercebido de triaca y contraveneno. Porque, como dice el Eclesiástico ¹: ¿Quién se compadecerá del encantador mordido de la serpiente, y de todos los que se allegan á las bestias? Así es el que se acompaña con el hombre malvado, y queda envuelto en sus pecados; y por eso ninguno se ha de recatar más de los seglares, que el que ha de vivir entre ellos; ninguno ha de ser más aficionado á su celda, que el que está

¹ Eccli. XII, 13.

obligado á salir de ella; ninguno se ha de ejercitar con más cuidado en callar, que el que tiene por oficio el hablar; porque, como dice *Contemptus mundi*¹: «Ninguno se muestra seguro en público, sino el que se esconde de grado: ninguno habla con seguridad, sino el que calla muy de gana.»

Y para no salir del intento que propusimos, este silencio no solamente ayuda á la seguridad y provecho de los obreros, sino tambien al fervor de los ministerios y provecho de los prójimos; no solamente por el celo que sacan del trato con Dios, y la luz y ciencia que sacan del trato de los libros, sino por el gusto y aplicacion con que se dan á los prójimos. Porque así como á los perros y aves es menester temprarlos antes de salir á caza, porque si salen hartos, ni apetecen la caza, ni quieren trabajar ni cansarse para prenderla; así conviene que los obreros estén templados con el estudio y con la oracion, y con la soledad y el silencio; para que de buena gana trabajen en esta caza espiritual de las almas, de la cual habia dicho Dios por Jeremías²: «Yo enviaré muchos cazadores, y los cazarán de todo monte, y de todo collado, y de las cavernas de las piedras.» Porque si está uno harto de hablar y cansado de otros negocios, ¿con qué ánimo recibirá al pobre, y enseñará al rudo, y persuadirá al protervo, y enfrenará al desbocado, y consolará al pusilánime, y reprenderá al atrevido, y pondrá espanto y terror al obstinado? Todos estos son oficios de quien no tiene otros cuidados ni ocupaciones, ni otras amistades ni conversaciones que se llevan el tiempo y la atencion, y hacen á uno enemigo del trabajo. Estos tales son como los perros golosos, que están todo

¹ Contempt. lib. 1, c. 20.— ² Jer. XVI, 16.

el día royendo huesos en la cocina, ó hurtando la carne de la despensa, que si los quereis sacar al trabajo de la caza, se distraen, y cuando menos penseis los hallareis durmiendo á la sombra. A lo dicho se añade otra razon, y es, que á los que guardan su recogimiento y se desocupan de otros negocios por atender á solo éste, los que tratan del bien de sus almas, los buscan de buena gana, y cuando los buscan los hallan; pero si los ven distraidos en otros negocios ó cumplimientos de más gusto, y que cuando los buscan no los hallan, presto dejan de buscarlos; porque ordinariamente vienen con encogimiento, como quien viene á dar trabajo sin haberlo servido; y si á la dificultad que tienen de confesar sus pecados, sospechan que la tiene tambien el confesor en oírlos, déjense vencer fácilmente, y muchas veces gustan de hallar color para dilatar ó dejar lo que hacian con repugnancia. Los mercaderes caudalosos asisten con gran perseverancia en su tienda para recibir y dar buen recaudo á los que vienen á comprar, y si alguna vez salen, siempre van con este cuidado de no perder por su ausencia alguna buena ocasion de ganancia; porque los que quieren negociar con ellos ¿dónde los han de buscar sino en su casa? Porque los pobres que tienen corto caudal, y mala mercadería, no saben estar en su casa, y traen las tiendas por las calles á cuestas; y éstos no pueden ser sino algunos miserables y cuitados, que volviendo á la noche bien cansados á su rincon, apenas traerán la costa hecha; y lo más cierto será que traerán hecha mucha costa de su espíritu y aprovechamiento.

De lo dicho se saca de cuántas maneras ayuda el recogimiento y el silencio á los ministerios en que se trata del provecho espiritual de los prójimos; pero por el

contrario, cuánto estorben las amistades y familiaridades de los seglares, que son tan ocasionadas á distracciones y parlerias, bien se vé por el cuidado con que la regla las prohíbe: porque quitan el tiempo y la atencion, y el gusto y la aplicacion, y el espíritu y el fervor, y el celo de las almas nacido de la verdadera caridad, sin acepcion de personas. Porque el que se deja llevar de afectos humanos, es cosa forzosa que dándose todo á los que son de su gusto, se ha de negar á los que no lo son. Y como el gusto con que se fraguan estas amistades está fundado en motivos humanos, ó de nobleza y riqueza, ó de discrecion y letras, ó de sangre y parentesco, ó de otros semejantes, y éstos son siempre tan limitados, que se extienden á muy pocos; de ahí es, que el que habia de abrazarlos á todos con la caridad de Dios, se embaraça casi con uno solo con aficion y amistad humana. Y viene á suceder lo que al médico que tiene enfermo el hijo ó la mujer, ó el amigo, que gasta con ellos todo el día; algun rato por ventura como médico curando, pero la mayor parte jugando y hablando, y si la enfermedad aprieta, ocupado con la congoja y el temor, descuida de todo aunque perezcan los demás enfermos del lugar. Así suelen ser estos de que vamos tratando, que los desamparan á todos por el gusto y aficion de solo uno; y habiéndoles puesto Dios sobre su familia para que á sus tiempos les repartan á todos su medida, ellos no guardan la fidelidad que debian, dándoles á pocos todo el pan, aunque los demás mueran de hambre.

Quede pues por cosa cierta y asentada, que el que ha de ser general para todos, no ha de ser particular para ninguno, y el que ha de hacer bien á todos, no se ha de arrimar á ninguno; porque ¿de quién recibe la tierra mayores y más continuos beneficios que del cielo y de las

estrellas? y con todo eso el cielo y las estrellas son los cuerpos que más distantes están de la tierra, y para repartir su luz y su influencia igualmente por toda la tierra, se apartan igualmente de toda ella. ¿Quién son estos cielos y estas estrellas en la santa Iglesia, sino los predicadores y confesores, y los demás ministros que tiene Dios, y de quien se sirve para la salvacion de las almas? los cuales como las estrellas están dispuestos cada uno en su lugar y en su ministerio, y con su propia y particular virtud, para que influyan en todos los fieles luz y calor, y los ayuden á todos; y ¿cómo los podrán ayudar á todos, sino desviándose de todos, no amándolos sino con el amor que la caridad ordenada requiere? Y cuando esta verdad no se probara con razones tan manifiestas, se convenciera por la experiencia de tantos y tan santos varones como hemos conocido y conocemos, que callando y escondidos llevan el peso de los ministerios; y al olor de su humildad y de su santidad se van tras ellos las almas tocadas de Dios, y haciéndose de propósito inhábiles para los cumplimientos y negocios del mundo, despiden de sí todos los egipcios, y admiten los jerosolimitanos; que así llamaba el grande Antonio los seglares que venian á tratar de pretensiones humanas, y á los que venian á tratar de cosas de su alma y de su salvacion.

De todo lo dicho se saca, que si es generalmente provechoso para todos los que tratan de su perfeccion dar principio á la mortificacion de las pasiones, y al ejercicio de las virtudes por la soledad y el silencio, no es menos provechoso y necesario para los que han de ocuparse en ayudar á sus prójimos; los cuales desde sus principios se han de acostumbrar á callar y tener amor á su celda; en la cual se han de apercibir de oracion y

de estudio; y de ella han de salir á pelear con los pecadores rebeldes para conquistarlos y rendirlos á Dios; y á ella han de volver á curar sus heridas y reparar sus fuerzas; y en ella los han de hallar los que tocados de Dios vienen á buscar remedio para sus almas; y de ella han de salir á buscar los que andan perdidos y olvidados de Dios y de sí mismos; y á ella los han de traer para sacarlos del ruido del mundo y darles algun sabor de la quietud; y en ella han de estar tan de espacio y con tan buen gusto para todos, que cada uno piense que á ninguno quiere más que á él. De esta manera no siendo de ninguno será de todos; y deseando estar solo para unirse con Dios, se los llevará todos á Dios en pos de sí.

Esto se ha dicho en este lugar del amor de la soledad y silencio, por ser éstas las primeras virtudes en que se han de ejercitar los que empiezan desde la primera jornada del camino espiritual. Y no hay que maravillarse que hayamos cargado tanto la mano en esta parte; porque, como dijo casi á este propósito nuestro padre Claudio de santa memoria, siendo como es tan dificultoso tomar el medio entre la accion y la contemplacion, son menos y con menor daño los que declinan al extremo del demasiado recogimiento, y muchos más los que dan en el extremo de distraccion, y mayores los daños é inconvenientes que resultan de él: y por eso los primeros deben ser amonestados tan suavemente, y corregidos con tanta moderacion, que no se dé ocasion á los muchos que con tanto daño y peligro se dejan llevar del extremo contrario. Y con esto damos fin á la primera jornada de la via purgativa, para dar principio en el libro siguiente á la segunda, que llamamos via iluminativa.



LIBRO SEGUNDO.

DE LA VIA ILUMINATIVA.

PRÓLOGO.

HABIENDO tratado en el primer libro de la primera jornada del camino espiritual, que es propia de los incipientes, y llamamos via purgativa, y declarado los pasos principales de ella, y las virtudes más propias de aquel estado; resta que prosiguiendo nuestro camino tratemos en este segundo libro de la segunda jornada, que pertenece á los proficientes, y llamamos via iluminativa, donde declararemos los pasos de esta jornada, las dificultades y tentaciones que particularmente se ofrecen en ella, y las virtudes que son propias de este estado, con la luz que se dignare de comunicarnos aquel Señor que dijo de sí: Yo soy luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá luz de vida.

¹ Joann. VIII, 12.